

Escritura de Pablo de Rokha

(Los Cien Años de C. Díaz Loyola)

Escribe Roberto Bescós C.

El gran despliegue de la Poesía chilena, abriendo los fuegos magistrales, se verifica con la aparición de los Nunca Bien Ponderados. Es un fenómeno que se produce y que, a posterior, no se ha vuelto a repetir. Casos aislados que se pueden advertir citando el caso de un Nicanor Parrá, un Sabella, un Enrique Lihn. Lo que asombra del misterio poético de los llamados "pescados grandes" que partieron casi juntos cronológicamente, aunque no en forma exacta, rigurosa, es el hecho de su presencia renovadora que le dio cuerpo y sentido a la realidad de un movimiento que no registraba precedentes en Chile y por su fuerza arrolladora difícil de visualizar otro similar en América castellana.

Carlos Díaz Loyola para la ocasión. Si existen en el mundo - y, en particular, el ámbito literario - seres echados en el olvido por razones que hasta quizás no sean razones, De Rokha es hoy uno de esos seres. Por doquiera que se haya ido recabando textos de su voluminosa obra, en tal odisea, las respuestas de los viejos libreros sigue análoga: "No tenemos nada. Y tampoco las editoriales se muestran interesadas en reeditarlo". Salvo un texto biográfico aparecido a principio de los '90 y de escasa divulgación,

¿por qué?

Sureño, como el otro Pablo, nace Díaz Loyola en Licantén, ese puerto "fluvial, marítimo y cordillerano" en 1894.

La abrumadora potencia de su poesía es de origen noble. El poeta queda marcado en la juventud a la vera de sus estudios en el Seminario. Por contradeceir, por esa rebeldía que habría de caracterizarle en la vida, ha de leer el seminarista a los filósofos materialistas de la Hélade: Demócrito, Epicuro, Lucrecio. Esas lecturas generarán su personal apreciación del universo. Bajo la materialista figura de los "átomos desesperados" su obra poética emana violenta, telúrica, rebelesiana, aglutinante y multitudinaria.

La poesía de Pablo de Rokha, resistida por los de paladar muy fino, fue ampliamente estudiada por el crítico Juan de Luiggi. También en un erudito trabajo escribe sobre la obra rokhiana, el poeta e investigador Antonio de Undurraga, en la cual cree ver la nutritiva influencia de Rabelais, Nietzsche y James Joyce, aparte de Demócrito, el griego y "De Rerum Natura".

Realizando un imaginario viaje fijemos la atención en el paisaje rescatando los títulos de sus libros principales: "Sátira", de 1918; "Los Gemidos", de 1922 (hubo de trabajar

duro seis años en un fundo para pagar publicar este libro de vanguardia); "Sura América", del año 1927; "Morfología del Espanto"; "Escritura de Raimundo Contreras", de 1929; "Rotología del poroto".

"Genio del pueblo", donde se lee por allí: "Es linda la patria, con un buen asado al palo brillando en el varejón de maqui, pero el pueblo contempla la tierra ajena agonizando como los cóndores furiosos".

"Interpretación dialéctica de América" (1947); "Estilo de masas" (1961); "Ensayos del poeta"; "Canto del macho anciano"; "Epopéya de las comidas y bebidas de Chile"; "Acero del invierno".

Por calles y ciudades, cargando gran maleta colmada hasta más no poder esta, cerrada a duras penas, de sus mastodontes libros, dispuesto a agarrarse a bofetadas con yangüeses y relamidos, o a utilizar la lengua terrible, aclaraba en cada ocasión su mesiánica y romántica visión: "Rechazo la técnica fácil como un escupo al pueblo. Y sé que se requiere de una lengua épica, mundial, que exprese lo popular sublimándolo, lo popular superándolo, empuñándolo como una bandera".

En el año 1965, con ojos de sospecha recibe el "burgués" Premio Nacional de Literatura (¿Qué habrá ocurrido en la tumba de Huidobro aquella noche de laureles rokhianos?). Este hombre agrio, vividor implacable y genial que ha llorado la muerte de Winnet (Luisa Anabalón, su mujer) en "Fuego Negro", bello volumen que le dedicara, decide acabar con su propia vida, suicidándose en 1968. Han pasado veintiseis años de su partida y recién se le lee en serio. Se principia a leerse en serio.

Bagatelas

de pedro román o.

• "¿Y Ud., de dónde viene?"

En la repartición pública, la dama gorda, de moletudo rostro, se quedó mirando, inquisitiva, al hombre de apariencia humilde que portando papeles en sus manos habiase presentado allí.

• "Años, siglos llevo intentándolo • dijo el hombre •, y no lo he averiguado; pero toda la filosofía de todos los tiempos no lo sabe tampoco, y Ud. me lo pregunta a mí con tanta soltura y a esta hora de la mañana... No, por favor...".

Y al hombre le aparecieron pequeñas luces en los ojos, titilantes como estrellas.